

TOLEDO EN PORTUGAL

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ DELGADO
Correspondiente

La presencia de Toledo en Portugal no se limita al romance que la ciudad y el Tajo urden cuando éste la ciñe y canta y luego trasladada hasta Lisboa, ni a su semejante morfología levantada, en ambos casos, como ocurre en Roma, sobre sus siete colinas, ni en sus calles empinadas y estrechas para componer inextricables laberintos, ni en su aspecto ora arrabalero de amoriscada cara, ora suntuoso, ni en su melancolía por el pasado glorioso que les identificó y en sus edificios que tanto abandono y dejadez exhiben; ni en su cielo azul... Escritores portugueses se han acercado hasta allí para sorprender el corazón de la imperial ciudad y llevar sus vivencias hasta Portugal, y un pueblecito que no llega a pueblo ostenta con orgullo el nombre de nuestra ciudad: Toledo. Y de ello vamos a hablar.

En esta ocasión, sin embargo, nos vamos a referir a esos dos autores portugueses que con más y menos detenimiento, con más y menos proximidad a la ciudad, han escrito sobre Toledo. También sus intenciones eran distintas. Uno lo hizo en los primeros años del siglo; en los primeros meses de la guerra civil (1936-1939), el segundo. Anselmo de Andrade, el primero, (Lisboa 1842-1928), Ministro que fue de la Hacienda portuguesa en dos ocasiones, acudió con inquietudes literarias y nos dejó acertadas y originales definiciones e imágenes impresionistas, poéticas unas y alucinadas otras. Julio Dantas (Lagos 1876-Lisboa 1962), socio de mérito, que también fue, de la Academia de las Ciencias de Lisboa, y de la Real Academia Española y, aún, de la Academia de la Historia de Madrid, sin embargo, fue a Toledo sólo con fines estadísticos.

No sabemos cuándo vino por primera vez Anselmo de Andrade a Toledo. Sí que la segunda edición de su *Viagem na Espanha*, obra en la que se encuentra el artículo que comentamos, está

publicada en Coimbra, en 1923. Sin embargo, el viaje hubo de ser mucho antes porque el "Prefacio" de esta misma obra está fechado en "Novembro de 1903". A este respecto importa, pues, señalar que su visión de la ciudad, desolada y abandonada y recorrida por la mendicidad, no se corresponde con la Toledo actual, pero le sirvió de apoyo para establecer el contraste entre el ayer esplendoroso de Toledo y el presente que él ve y se duele por ello. Anselmo de Andrade se acerca a Toledo con el espíritu despierto y la observación atenta, con un buen bagaje de erudición y una predisposición realista que no impide los vuelos poéticos, y dice, en lengua de Camoens, en docta y sonora prosa cosas sustanciosas de la ciudad, a pesar de haber olvidado por completo a su pintor, el Greco. Julio Dantas, dramaturgo, poeta, cronista, historiador y periodista, al contrario, se olvida de todo lo demás y habla de la suerte corrida por los cuadros del cretense durante los primeros meses de la guerra civil (1936-1939). Este autor, partícipe de la corriente intelectual que se dolía por la suerte de las obras de arte, especialmente de pintura, con motivo de la guerra civil, se pregunta, angustiado, qué cuadros se habrán perdido para siempre en aquellos primeros bombardeos de la guerra; cuáles se habrían salvado, en qué estado habrían quedado los demás. La única intención de Julio Dantas es, ayudándose de su libro de notas tomadas en sus viajes por la ciudad -este estadillo exige un viaje previo a Toledo- dar a conocer en su libro¹ los treinta y ocho cuadros del Greco, y su localización, en la ciudad para tenerlos en cuenta a la hora de hacer balance.

Andrade, pues, para cumplir con sus inquietudes, se presenta en Toledo con *Viaje por España*, de Teófilo de Gautier y *Toledo en la mano*, y recorre las calles de la ciudad con atenta mirada y observa a las gentes e intenta dar con sus costumbres y su carácter moral; entra en la catedral y en San Juan de los Reyes, y en Santa María la Blanca y nos habla desde la famosa "Fonda de Lino". Sube hasta el miradero del Alcázar -no al Valle- para darnos una panorámica de la ciudad planeada y, cruzando el Puente de San Martín, se va con nostalgia hacia Madrid. Y si después de su estancia en la ciudad queda deslumbrado por tanta riqueza ornamental, no es menor su desolación ante tanta indigencia y abandono, ante tanto atraso

¹ DANTAS, JULIO: *Viagem an Espanha*. Lisboa. Esta obra no tiene año de edición. Sin embargo, en la voz "Dantas (Julio)" de la *Grande Enciclopedia Luso-Brasileira* leemos que apareció en 1936.

social. Por ello, como tantos otros autores hicieron, acudirá a la consabida oposición entre aquel pasado glorioso y el presente que conoció, deleznable y mortecino. Sí, Anselmo de Andrade se imagina Toledo, como muchos más, como unas manos sucias llenas de joyas.

En su largo artículo en el que sigue muy de cerca al renombrado escritor francés, el conocimiento de la historia toledana, su intrahistoria, y su entusiasmo por la ciudad son manifiestos, de manera que podría decirse que no existe otra como ella en toda la faz del universo pues, como queriendo que su último sabor español fuera toledano, cierra su libro con el artículo que dedica a nuestra ciudad. Su visión es realista -ya lo dijimos-, pero a veces intenta dar una interpretación mágica de la ciudad en la que combina el ayer esplendoroso con el hoy patético, la leyenda y lo verdaderamente real; de aquí también algunas imágenes impresionistas llenas, bien de poesía, bien de alucinaciones fantasmagóricas. Pero vayamos por partes. Empezamos aludiendo a la posición estratégica de la ciudad abrazada por el Tajo, a los orígenes remotos de Toledo que van a perderse "en el crepúsculo de la mitología", fraguados por las leyendas, la tradición, la historia y todos los monumentos que la adornan y la ensalzan. Así, partiendo del nacimiento legendario de Toledo -según la leyenda, Hércules cuando vino a España con la idea de edificar Segovia pasó por la floreciente Toledo, por lo que se puede asegurar que sus primeros monarcas eran semidioses y héroes-, pasa revista a las distintas razas que se citaron en la ciudad y dejaron sus señas de identidad marcadas en la piedra y en el carácter toledano. Al llegar al capítulo en el que los árabes son expulsados, y asombrado por tantas páginas de historia apiñadas en el recinto que el Tajo conforma, dice: "Todo un volumen no bastaría para describir a la vieja ciudad. En sus murallas, en sus calles, en sus palacios y en sus templos, están de tal manera vinculados los nombres y memorias, que al vagar por aquellos laberintos todo se puebla con los fantasmas del pasado. Las leyendas revolotean por allí, como fuegos-fatuos en un cementerio. Por detrás de las recordadas almenas de las torres parece que aún acechan las legiones de moros, y por encima de los viejos puentes, preséntese vagamente al espíritu, lleno de romances toledanos, que continúa transitando las cabalgatas de los buenos tiempos de Sancho y de Padilla, en los días de fiesta o de batalla"².

² La traducción de las citas es nuestra.

En su rastreo histórico, Andrade deja constancia cierta de los vestigios que las distintas culturas dejaron en la ciudad, y resalta la especial conjunción de todos ellos verificada en la ciudad para que la ciudad misma la asumiera como síntesis propia. Así, desde la cumbre del Alcázar, dice de la presencia árabe: "En la vieja Toledo, lo que es propiamente árabe, son las puertas de la ciudad, las calles en zig-zags, los tejados, construidos de modo que se puede andar, por encima de ellos, como en una ciudad suspendida veinte metros sobre la otra". No obstante, en este recorrido Andrade resalta la pronta e intensa presencia judaica en la ciudad: "España ejerció en el desarrollo del judaísmo una influencia tan considerable como la misma Judea. Fue un centro nuevo y prolífico. Duraba aún la república romana, cuando los primeros judíos vinieron a España a organizar esas comunidades, que San Pablo ardientemente deseó visitar. Los nombres de Córdoba, de Granada y de Toledo, figuran junto a los de Nahardeç, Soura y Tiberiada (...) El nombre de la ciudad de Toledo, "Toledoth", parece provenir etimológicamente de un radical hebreo"³. Resalta también con detenimiento el comportamiento de la ciudad con los judíos desde siempre, máxime cuando los árabes se empecinaron también contra ellos en tierras andaluzas: "Más tarde, cuando el árabe del sur de España, pasando de coaligado del rabino a su implacable adversario, le destruyó las sinagogas, y le cerró las academias de Sevilla, de Córdoba y en Lucena, continuó aún Toledo siendo asilo de los perseguidos hijos de Ismael", a pesar de que antes este pueblo perseguido y torturado -ahí está la "Roca Tarpeia" toledana-, hubiese abierto las puertas de la ciudad a los árabes: "La vida transcurrió entonces para las morerías mucho más cortada de opresiones, de crueldades y de suplicios. Por eso los árabes, cuando invadieron la península, encuentran en los judíos oprimidos y torturados poderosísimos auxiliares. Fueron ellos quienes abrieron las puertas de la ciudad y dieron entrada a los árabes, mientras los cristianos, en el domingo de Ramos del año 713, oraban en las iglesias y asistían descuidados e la bendición de las palmas". Y desde Toledo, foco principal del judaísmo hispano en la Edad Media, supone Andrade que estos

³ También Félix Urabayen hace referencia a la remota presencia del elemento judío en Toledo que, incluso, adelanta a la anotada por el autor portugués: "Muchos siglos antes de que Tito arrasase Jerusalén, los judíos tenían su Sión en Toledo y la llamaban nido de consolación", en *Don Amor volvió a Toledo*, pág. 15.

hebreos "propagaron las ideas de las escuelas árabes en las apartadas regiones que más brillaron, tanto en Francia como en Italia".

Habla también de las riquezas de Toledo: "La mayor riqueza de Toledo está en sus templos". Y nos lleva a la catedral en donde queda deslumbrado por tanta ornamentación y tanta exuberancia artística, por tanto colorido. En la catedral todo son elogios: su majestuosidad, la riqueza áurea del altar mayor y sus variados colores, el coro, que no admite comparación con ningún otro del mundo; de la homogeneidad arquitectónica externa del templo y de la colosal y magnífica cristalización de su arquitectura interior: "Una gran población de piedra puebla todas esas naves y todos esos espacios. Los ángeles vuelan en las bóvedas, y los apóstoles, los santos y los doctores de la iglesia, rezan o leen en la eterna página de piedra, dentro de sus nichos exornadísimos". Se asombra también ante los grandielocuentes sepulcros y se extiende en eruditas reflexiones: "Una característica de finales de la Edad Media es esa construcción de santuarios domésticos dentro de los templos. Los cruzados trajeron de oriente esa costumbre oriental". Recorre las capillas que circundan el recinto, entra en la "Sala capitular" y en la sacristía, atestadas de esculturas, mosaicos, frescos y tapicerías, pero no alude para nada a los cuadros del Greco. En fin, ante tanta riqueza encontrada en su recorrido -candelabros, brocados de piedras preciosas, custodias de oro macizo y de diamantes, inmensos candelabros de plata dorada, dice: "En los templos erigidos al Sol en todos los países americanos del oro, en Méjico o en Perú, no había mobiliario sagrado tan suntuoso y magnífico como el de la catedral de Toledo". En un armario descubre el vestuario de la Virgen: "Las emperatrices de la tierra no poseyeron nunca tamañas riquezas. No se puede saber de qué son sus vestidos, y sus mantos. Lo que se ve son estrellas de brillantes, y constelaciones de todas las piedras preciosas". Y aquí se detiene en otra digresión en la que deja ver su conocimiento intrahistórico del pueblo español: "Para las razas septentrionales, la imagen o la estatua es apenas una representación. Vale menos por lo que es que por lo que representa. Más allá de lo que se ve, hay siempre una idea profunda y simbólica. Para un alemán esa idea es todo. Para un español no. En España es preciso hablar a los sentidos. El pueblo no es accesible a las ideas abstractas. La corporificación de todas las concepciones religiosas se hace necesidad para el espíritu meridional, que se complace en la gran plástica de las galas vistosas, de las ornamentaciones opulentas, del

lujo fabuloso de las Mil y una noches, y de todas las riquezas quiméricas de los países del sol. Dios es un rey. La Virgen es una reina. Los santos son una corte de parientes, de ministros y de altos dignatarios. En un país de devotos, donde predominan estas ideas y estas creencias, el cielo no puede quedar inferior a la tierra. El lujo de las sagradas imágenes tiene que ser mayor que el de todos los potentados del mundo (...) Por eso el ideal del español es que no quepan más adornos en el bordado de su vestido (de la Virgen), que no pueda sostener más joyas el azul de su manto, que el oro de su corona no pueda con más diamantes, y que a las esmeraldas, a los rubíes y a los topacios de sus brazaletes, de sus anillos y de sus encantos, no puedan ser acrecentados con más piedras preciosas".

San Juan de los Reyes adonde acude al dejar la catedral le produce un aspecto de desolación tremenda ante el abandono en que se encuentra. Sin embargo, concluye que no existe otra iglesia en España que exceda a San Juan de los Reyes "en la perfección de detalles, en la delicadeza de la ejecución y en lo exquisito del ornato". Visita también Santa María la Blanca que "habiendo pasado de sinagoga de los judíos a mezquita de los moros, a iglesia católica, sirve ahora de taller de carpinteros".

En su callejear se dedica a observar a las gentes intentando dar con un prototipo de toledano y concluye en que no existe un tipo definido, pero es curiosa su explicación: "Los habitantes participan generalmente de lo castellano y de lo andaluz. En su carácter moral existen también elementos de lo uno y de lo otro. La marea andaluza reflujó hasta dentro de sus murallas (toledanas) levantadas sobre un peñasco castellano. En ese reencuentro etnográfico, parecen los toledanos conservar toda la gravedad propia de las Castillas, inflamada a veces por los ardentísimos fuegos del alma de los árabes. A pesar de ello, sin embargo, la vida está casi extinta en esa vieja capital de los godos".

De las calles dice que ninguna otra ciudad morisca las tiene tan estrechas: "Algunas tienen un metro de ancho. En otras (...) pasa un carro, pero no queda espacio para más". Y resulta curioso también cómo explica la causa de la estrechez de las calles, en lo que coincide plenamente con Teófilo Gautier: "Esta estrechez de las calles determinada por la estrategia militar y por las ventajas defensivas, en el tiempo de las casi ininterrumpidas invasiones, o incluso (por) una necesidad del clima desatendida ahora por la moda, que todo lo invade, sin exceptuar la propia España. En las

calles de anchura de plazas, modernamente construidas en las ciudades del medio-día, las horas de sol son insoportables. En los nuevos barrios de Málaga y de Granada, así como en los de Orán o de Constantinopla, el verano es una verdadera prueba de fuego para quien transita por las desabrigadas calles. Débese confesar que, en el gran altar de la moda, se ha sacrificado demasiado la comocidad de los habitantes a la elegancia de las habitaciones”.

En fin, ya hemos aludido a la comparación que establece entre el pasado glorioso y el presente social de la ciudad: a pesar de esos rasgos fuertes y temperamentales del carácter árabe heredados, Toledo, ciudad que tuvo en otros tiempos cerca de doscientos mil habitantes, es una ciudad mortecina con, apenas, veinte mil almas; esta ciudad que tuvo reyes tan opulentos como los de Babilonia y daba trabajo y riqueza a todos tiene hoy como principal industria la mendicidad: “Su riqueza actual son sus ruinas. Sus glorias son sus muertos. La corte se ha transformado en cementerio, y de la vasta población de otras épocas sólo existe el vasto osario”. Ahora “ni en los ladrillos de los callejones tortuosos de Toledo, ni en los pavimentos de sus monumentales puentes, resuena ya el tropel de los caballeros, galopando, como antes, en ligeros caballos de raza Nedjí. Debajo de su bello cielo azul, no relucen tampoco las armaduras y los pulidos arneses de los guerreros. El bandolín de Amadís que endulzaba las aventuras de la guerra, quebróse, y las viejas sentas al sol en las escaleras de los palacios, de las iglesias y de los conventos, no son positivamente las hijas del rey moro Miramamolín, ni lo que ellas cantan son romances de Zaida o de Dolores. Sólo piden limosna”. Sí, en efecto, en la transición de los siglos XIX y XX que es cuando visitó España este gran economista portugués “la fría realidad había destruido el romance” que tantas veces había cantado a la ciudad su eterno rondador: el Tajo.